

ISSN 2007-1620

# Humanitas

Universidad Autónoma de Nuevo León  
Anuario del Centro de Estudios Humanísticos

Años 47, No. 47, Vol. III  
Enero-Diciembre 2020

*Letras*



UANL®

# HOMBRES EN EL DESIERTO

Marina Porcelli\*  
Narrativa Argentina, Buenos Aires

*...que los argentinos no somos descendientes de los barcos, sino un complejo heterogéneo donde los pueblos originarios y la población mezclada tiene mayor peso demográfico que el que se les reserva en el imaginario europeísta.*

Alejandro Grimson

**Resumen:** Este ensayo formará parte del libro Símbolo Nausícaa. Viaje al otro lado de la otredad. Ensayos sobre género, escritura y ciudad. Se presenta aquí como un adelanto. En este ensayo se reflexiona sobre la cultura argentina moderna, discutiendo algunos mitos fundacionales.

**Palabras clave:** cultura argentina, comunidad letrada, literatura moderna.

---

\* Narradora y ensayista. Ha trabajado en diversos proyectos culturales y editoriales. En 2010, fue elegida por el Fonca/Conaculta para participar del Programa de Residencias Artísticas para Iberoamérica y Haití, en el Distrito Federal (México), y en 2012, recibió la Beca de Residencia de la Secretaría de Cultura Argentina, en convenio con México.

## Sinécdoque y extensión

EL LUGAR COMÚN DICE QUE LOS ARGENTINOS venimos de los barcos. Esto es, se nos distingue del resto del continente latinoamericano a causa de nuestra ascendencia europea, como si la arquitectura afrancesada de Avenida de Mayo en el centro, o las migraciones italianas de comienzo de siglo alcanzaran, por un mecanismo de *sinécdoque*, para definir nuestra identidad. Para *cifrar* nuestra identidad. Y acá me refiero al sentido que Borges le da a la palabra *cifrar*, y que él mismo toma de la estructura de la *Commedia* de Dante, cuando se narra aquello que singulariza a un personaje. Lo que hace Dante en la Divina Comedia, dice Borges. Dante y Virgilio avanzan por los círculos del infierno hasta que un personaje se presenta. Se presenta y cuenta su historia. Y esta historia es justamente lo que lo cifra: sus rasgos, su aspecto, las impresiones que Dante tuvo, todo eso singulariza al personaje y hace que el personaje sea el personaje.

Pero lo diverso y lo múltiple cifra a la Argentina y su extensión. Caracterizar este territorio (la chata desmesura de la Pampa, por ejemplo, que testimonia que ahí, antiguamente, había un mar, ese territorio que Sarmiento llamó el desierto, y en concreto, el área sur de la cuenta del río Salado, y más allá, más allá del Río Negro, incluso), caracterizar esto como de presencia europea resulta, al menos, una impericia. Y no solo porque *ese mal llamado desierto* da cuenta de la presencia del indio, de la presencia del otro (y la mítica zanja de la Patagonia, los 600 kilómetros de foso que buscan rodear la Ciudad de Buenos Aires dan cuenta también de esta presencia), no solo por esto, sino porque no hay país en nuestra América Latina cuya identidad pueda cifrarse de forma unívoca. Sinécdoque, dije más arriba. Para marcar ese desviamiento que encierra la figura, ese fondo opaco que bordea pero no muestra, que señala y puntea:

un aparato discursivo que, al enfatizar a determinados sujetos, vuelve invisible al resto. Los borramientos históricos los llamó Viñas. Por eso no es casual que en general se desconozca que *che* es vocablo mapuche y significa gente o pueblo. O que se desvincule el mate de su raíz guaraní, o que incluso no se registre el uso del guaraní en las esquinas de la capital, ni se registre la presencia de vocablos africanos en el uso habitual de nuestro español, y etcétera.

### *Terra incognita*

Desde la colonia, la Patagonia se establece como una de las regiones del planeta sobre la que se proyectan mitos extraordinarios y brutales. Américo Vespucio habló de la presencia de los gigantes en el lugar. Magallanes, que en 1525 se topó con los tehuelches de un metro ochenta de alto, comentó que tenían cabeza de perro y los llamó *patagones* por el tamaño de sus pies. Jean Paul Duviols, en su prólogo a las memorias de Guinnard, adjudica el asunto, como tantos, al imaginario medieval, a las novelas de caballerías, a las lecturas medievales de los ojos que emprendían esas expediciones. Expediciones que se resumen en seres fantásticos “con las orejas largas que bajan hasta los hombros y muelas puntiagudas” y que “corren tan rápidamente que nadie los puede alcanzar”.

Las distancias desmesuradas de este *desierto*, su ancho y su extensión, son capaces de hacer crecer, como árboles de golpe, fantasías por las que los hombres emprendieron la inmensidad y se perdieron, quizá a propósito, en su locura. Así, esta chatura inacabable es la forma de nuestra exuberancia. Francisco Menéndez, por ejemplo, llamó a su conjetura la *Ciudad encantada de los Césares*. ¿Ellos creían *realmente* que iban a descubrir la ciudad inventada, o viajaban solo por el acto de buscar? ¿Cuál es el límite verdadero de buscar y dar con algo que se desconoce? El caso es que, en estas regiones vastas, esta tierra de prófugos y de paranoicos, como decía Fray Mocho,

alejarse paulatinamente de las ciudades e internarse en el territorio habitado más austral de la tierra posibilitaba tanto la pérdida como la plenitud, la falta de norma como el anonimato.

Y si la Patagonia era reducto de alucinaciones y de símbolos, aún a mediados del siglo XIX, la soberanía argentina sobre esta *terra incognita* era únicamente nominal. El desierto, escribe Vanni Blengino, “no es sinónimo de aridez del suelo, de ausencia humana, sino que directamente remite a una presencia y a un poder: el del indio” (34). Blengino habla de la zanja de la Patagonia, del proyecto de 1875 que se concibe durante el gobierno de Alsina.

[El proyecto de Alsina] consistía en consolidar la frontera sobre el Río Colorado para después, con el tiempo, avanzar gradualmente hacia el sur y alcanzar el río Negro. Su estrategia se basaba en la construcción de un larguísimo foso, la zanja, que atravesaría el país de este a oeste. Se trataba, pues, de excavar un canal de 610 kilómetros de largo desde el Atlántico hasta la cordillera.

Se diseñó la zanja: una trinchera de un metro de alto, por tres metros de ancho y dos de profundidad, que debía rodear toda la ciudad de Buenos Aires, con el objetivo de detener a los indios. Pero se cavó solo una parte, ya que enseguida se mostró inútil. Los indios pusieron vacas y ovejas al fondo del pozo y cabalgaron encima de estos animales cada vez que quisieron avanzar.

### **La voz de los habitantes del desierto**

Auguste Guinnard. El francés, que llegó a Buenos Aires a los 23 años en 1865, es uno de los pocos narradores que dio voz a *los habitantes del desierto* en sus memorias sobre la Patagonia. Auguste Guinnard había viajado a América para buscar trabajo. Junto con Pedrito, un italiano, viajaron por la provincia de Buenos Aires, perdieron la brújula, y quedaron errantes en una

zona cercana a Bahía Blanca. Días después, un grupo de poyuches los atacó: Pedro fue asesinado, y Guinnard, vendido a los puelches. A partir de eso, a partir de lo que dio título a sus memorias, el francés pasó *tres años y medio entre los patagones*. Ahí, se describen los hábitos de comer carne cruda y tomar sangre caliente, la manera en que él fue vendido varias veces, y cómo se convirtió en asistente de Calfucurá. Guinnard llega a decir que “nunca fue tan feliz” como entre estas gentes, y de hecho, se sospecha que la muerte de Guinnard, una vez en París, fue el suicidio: encontraron el cadáver en el Sena el día del casamiento de su hija.

Porque a pesar del espanto inicial con el que Guinnard cuenta su convivencia con los patagones, puede detectarse, paso a paso, cómo la prosa de los diarios va descubriendo a los hombres, cómo los observa y los explora hasta entender completamente sus palabras. Y cuando la mirada los muestra así, como hombres que viven y comen y pelean y mueren, el libro adquiere espesor y una intensa profundidad. Guinnard reproduce las palabras de *los otros* y cita:

Tewas uiñeacae [estos perros cristianos] no nos han respetado. No solamente nos han quitado nuestros bienes, sino que no vacilan en mancharse las manos, ávidas de oro, con nuestra sangre. Serán para siempre nuestros enemigos. Lucharemos contra ellos hasta la muerte para recuperar poco a poco lo que nos robaron de un golpe.

### **El despliegue de la ofensiva de Roca**

La *Campaña al desierto* de 1880 no solo refuerza el triunfo de Buenos Aires, que se impone como Capital de la Federación, sino que establece los patrones de identidad. Ese mismo año, José Hernández, en el discurso de la Legislatura de la Provincia de Buenos Aires, dijo que con la *Campaña...* se aseguraba la nacionalidad argentina, ya que por fin se solucionó “el último

problema de hecho, que era la seguridad de la frontera” (Botana, Gallo). Buenos Aires, entonces, la ciudad que, como anotó Lucio V. López en *La gran aldea*, pasó de ser “patriota, semisencilla, semicurial” a una urbe “con pretensiones europeas”. Se trata del monopolio de la palabra del blanco, dice Viñas.

Se trata de las adjetivaciones peyorativas que instalan y abundan. Indio taimado, indio ladrón. El caso es que, si en 1869 se contaba con dos millones de personas de población total aproximada, de las cuales cien mil eran indios, después de 1880, los números muestran que la mitad fue masacrada, y el resto, convertidos en sirvientes, en soldados sin salario, o encerrados en la isla Martín García. Y los chicos, enviados a los orfanatos de la ciudad. Pero 1880 no fue solo la fecha de la culminación de la *Campaña al desierto*. También es el año en que Buenos Aires *se impone* sobre el Interior del país, se establece como Capital de la Federación, y su triunfo, sincronizado con un acento fuerte en la migración europea (porque *gobernar es poblar*) instala el axioma identitario del criollo blanco.

Lo dicho por Fanon: el paradigma de lo humano se ha formulado a partir de una imagen que lo excluye: el varón blanco de Occidente. De hecho, en 1856 se habían registrado las primeras implantaciones de colonias migrantes europeas en Santa Fe. Un total de dos millones de italianos, españoles, franceses, ingleses, llegó al Río de la Plata entre 1871 y 1895. La mayoría: campesinos, jornaleros, casi todos analfabetos. Con un perfil distinto, digamos, del que fantaseaba Sarmiento.

### **El origen como mito y el mito como origen**

Así como, a fuerza de rémington y discursos patrios, se invisibilizó al indio en nombre de la consolidación nacional, así como el gaucho cifró la *barbarie*, este mecanismo de sinécdoque fue puesto en marcha otra vez por los discursos que enmarcaron la migración obrera de 1900 en Buenos Aires.



Acompañado por el enorme crecimiento arquitectónico de comienzo de siglo (la aparición de las chimeneas y los alumbrados públicos, de los tendidos eléctricos y de los tranvías), el discurso hegemónico forjó nuevas definiciones para el otro: un otro descentrado y destituido de la ciudad. Y si primero se trató de grupos indígenas y de los grupos afro, veinte años después, con la irrupción de los partidos políticos populares y las olas migratorias, ligadas a una fuerte politización anarquista y comunista, que convirtieron a Buenos Aires, como decían los periódicos de la época, en una especie de Babel, comenzó a segregarse al inmigrante, y más especialmente, al inmigrante obrero.

El otro, concebido como ilegítimo, radica en los sectores económicos más vulnerables de la población. Más concretamente, en 1902, cuando se desató la primera huelga general argentina (que comenzó con el paro de estibadores en el puerto de Buenos Aires y el reclamo para no cargar bolsas mayores a 70 kilos), y la huelga se extendió a otros sectores y a nivel nacional, el gobierno dictó la Ley de Residencia o Ley Cané (4.144). Por esta Ley, el Estado quedaba legalmente habilitado para expulsar a los extranjeros de su territorio. Marín Coronado en la Legislatura de ese mismo año, “pero el presidente de la República, por esta ley, puede penetrar libremente y tomar a aquel hombre, acusado de haber tenido ideas socialistas o anarquistas, y llevarlo a la frontera” (Botana, Gallo).

La Ley podía aplicarse en caso de que el individuo participara en “sectas con fines demoledores del Gobierno”, en caso de que fuera “vago”, “comerciará con explosivos”, o estuviera ejerciendo la “huelga o el boicot”. Frente al rechazo al inmigrante, que fue el rechazo a una determinada clase, frente a las persecuciones políticas y los aprisionamientos, frente a las expulsiones a Montevideo, etcétera, surgió un contrapunto simbólico: la idealización del gaucho como pasado mítico de la







Argentina, centro de la idea de lo nacional. En los festejos del Primer Centenario, en 1910, la figura misma del gaucho fue así institucionalizada. El gaucho, ahora sincopado a los festejos del Primer Centenario de 1910, fue enaltecido como mito de origen, como espejo y definición de la patria. A fuerza de asado y atardeceres en llanuras vastísimas, la Argentina se convertía en el granero del mundo.

